

Categoría: D

Género: Narrativo

Título de la obra: 99-101

99-101

Se me había ocurrido un título genial, un Pulitzer. Un guión multipremiado en Hollywood. Un Martín Fierro a la mejor historia. Un éxito de ventas en las librerías, aunque las líneas siguientes solo fuesen sombra, una excusa. Un trending topic en Twitter (o en X, ya subido al tren de los términos contemporáneos).

Estaba concentrado en mi despacho (hablar de otra postura resultaría menos evocadora), pensando un tema con el que iniciar mi último ensayo y pensé en titularlo: “99-101” haciendo caso omiso a la regla sagrada de encabezar un texto con una brillante marquesina escrita sólo al final, con el texto terminado, pulido y revisado en mano.

Ya me lo imaginaba. Tono futurista, naves volando, ropajes extravagantes. Mujeres con peinados coloridos, hombres con dos corbatas, como en Volver al Futuro. Niños paseando perros alados, mosquitos del tamaño de una pelota que en vez de picar repartían Coca-Cola en vasos de 330 centímetros cúbicos. Casas con forma de barcos, esperando un diluvio monumental.

Era demasiada imaginación puesta en el reloj del porvenir. Entonces opté por el tono místico. Pensé que 99 podría ser el número correspondiente a un enigma que el personaje debía descifrar tras sufrir una serie de percances a lo largo de 600 páginas. El número, el casi 100, se revelaba al final. Todo era parte de un enfrentamiento entre los seguidores de Aladino con su lámpara, los dueños del diablo en la botella y los cultores de la, perdida, Pata de mono.

Era muy complicado, demasiado linkeado a lo literario. Entonces elegí como tema, en un viraje mas terrenal, dedicarme al pésimo desempeño del colectivo de pasajeros 99, que va desde Lunlunta hasta el barrio San Martín en contrapartida con la elegancia del desplazamiento del 101, que viaja desde la zona del carril Urquiza, pasa por el microcentro y se pierde en la sexta sección. Me imaginé relatos de pasajeros del tono: “siempre subo a este servicio público y me pasa...”, historias enredadas entre ellos, conocidos y desconocidos. De todos los días. Paisajes urbanos con olor a medialunas.

Exagerado localismo mendocino para un público universal. La mente me llevó a la infancia, a la agente 99. Pensé que podía relatar su historia paralela, una especie de precuela, antes de conocer a Maxwell Smart, el 86. La bellísima mujer, con su

indumentaria sastrera, cansada del desengaño amoroso y con una preparación universitaria envidiable, se revelaba contra el sistema para finalmente involucrarse en las filas de Control y resolver 101 casos antes de lograr el ascenso a Súper Agente.

Demasiado extemporáneo, lejos de las nuevas generaciones, que no sabrían qué es Control, por ejemplo. Casi abatido, y ya a punto de abandonar, me colgué a un último recurso. Imaginé contar una historia que hablara de las manías. De lo inacabado. De la ausencia de números redondos en un mundo que jamás lo será. Me vi escribiendo más de un centenar – pero nunca 100- de páginas –quizás menos- que contaran relatos rengos, mensajes mancos, cuentos macrocéfalos. Una fábula de los excesos, un laberinto de lo que nunca podrá terminar, de lo que jamás encontrará su (im) perfecta expresión.

Me envalentoné, vislumbré la palabra de psicólogos, filósofos, agrimensores, especialistas en educación, antropólogos y contadores. Todos, con sus testimonios, avalaban la carencia y apoyaban los desenfrenos. Explicaban desde sus teorías los porqués del 99, las causas de los 101. Todos echaban sus frías miradas sobre los posibles. Negaban los enteros. Correspondían con su uno más, con su uno menos.

Abrazaba 101 testimonios, relataba 99 experiencias. Me negué a la centena. Expliqué la inconveniencia del placer de lo completo, porque no existe, porque no es tal. Jamás. Fui, por ello, rotundo en lo amputado y preciso en los excesos. Como una noche que termina en una playa, al sol. Inicé una carrera nerviosa hacia una verdad imposible. Despejando las mentiras de los círculos y la imperfección de los cuadrados. No hay triángulos de cuatro líneas.

Lamentablemente, en el éxtasis craneal, comprendí que los extremos no son buenos, que no tienden al equilibrio, como suele creerse. Que los hombres y las mujeres reconocen la ajenidad de sus vidas cuando la situación es límite, cuando no hay vuelta atrás, cuando se prefiere ya no ser, o ser otro. Cuando -tan definitivo- el adiós no es solo una palabra.

Comprendí. Comprendí, que hoy los principios son dignos de una biografía autorizada y glorificada cuando los finales ya se dibujaron exitosos. Que los desarrollos no importan. O mejor (o peor): que no venden, que nadie los comprará.

Que muchos pensarán en el 100. Y que los 99 o los 101, sencillamente, se olvidarán.

JB.